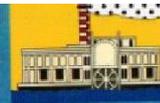


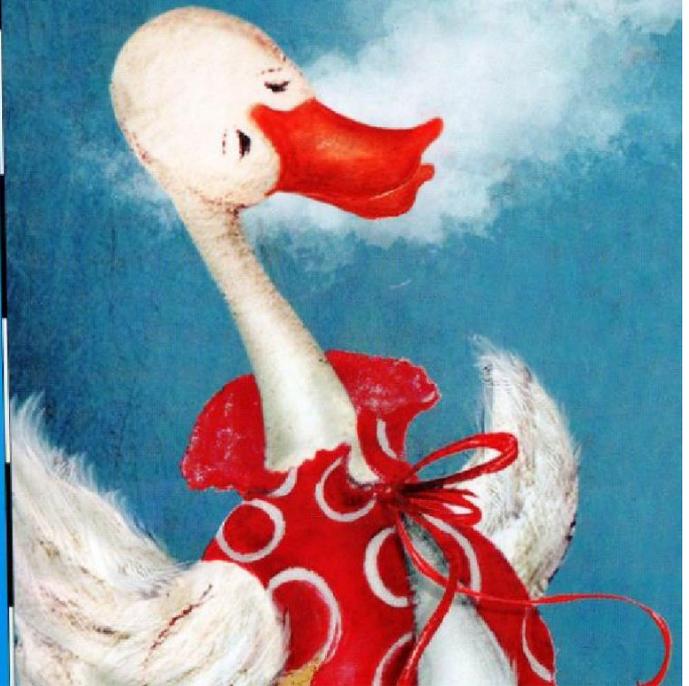
EL BARCO



DE VAPO

Gisela Hertling
En el Reino
de las Aves

Ilustraciones de Carolina Schütte



sm

asustados por algún peligro— y taguas muy negras que se sumergían hasta el fondo del lago en busca de plantas acuáticas para alimentarse.

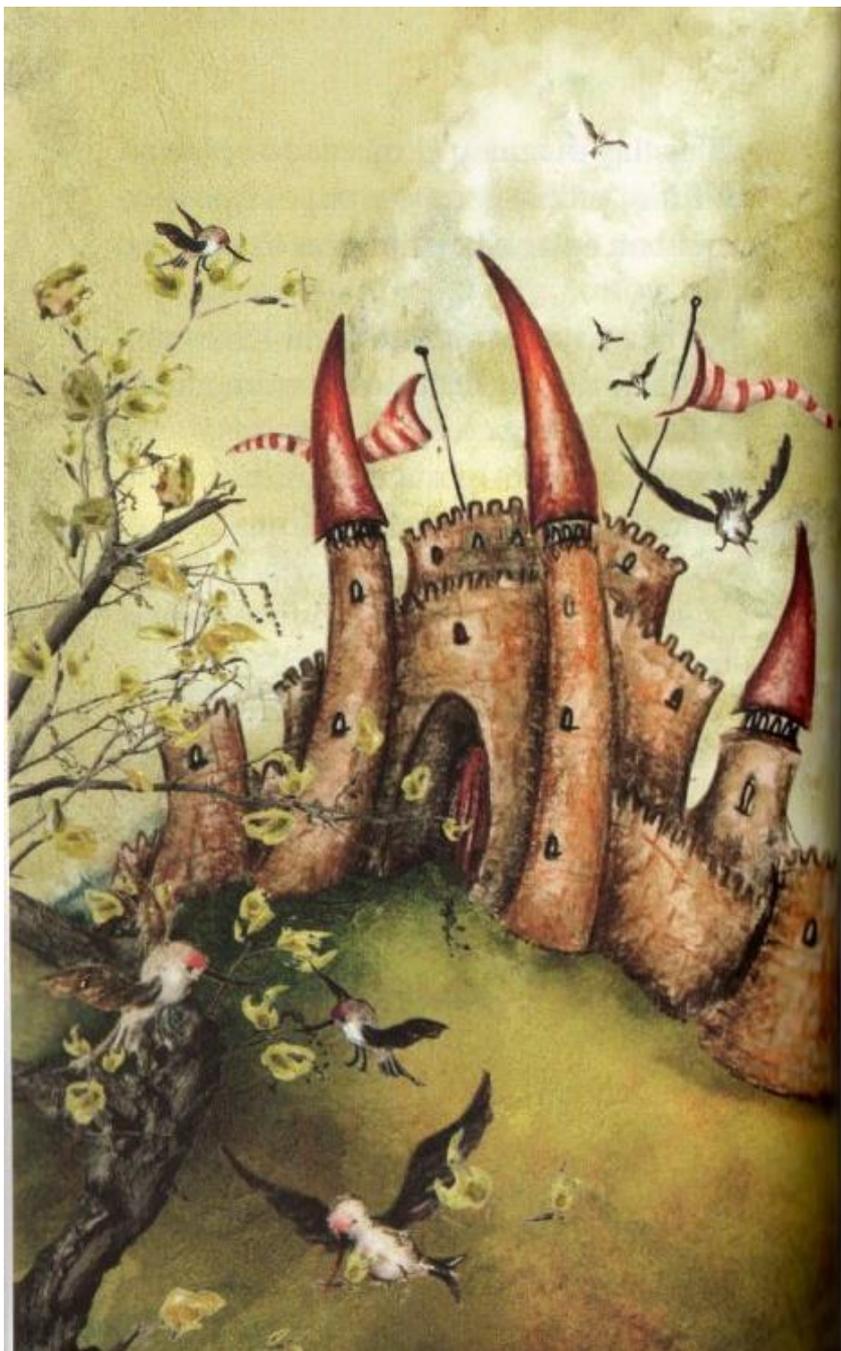
En los campos vivían codornices con su gran copete de plumas negras, lechuzas que dormían todo el día y salían a cazar en la oscuridad de la noche, loicas de pecho colorado, mirlos negrísimos, perdices sin cola que se alejaban del peligro corriendo, tiuques y tórtolas.

En los bosques se podían ver pájaros carpinteros taladrando árboles, ruidosos loros choroyes vestidos completamente de verde, jilgueros que entonaban su hermoso canto y pequeños picaflores alimentándose del polen y del néctar de las flores.

En la capital del reino, Ciudad Grande, vivían chercanes de cola levantada, chincoles con peinado alto, muchos gorriones y también zorzales que, con su cabecita inclinada, corrían buscando lombrices y caracoles. En las

calles, las plazas y el mercado se veían gallinas, patos, gansos y pavos que conversaban entre ellos mientras iban de un lado a otro.

En Ciudad Grande también estaba el palacio del rey Federico Cóndor, quien había sido elegido para ese cargo por su gran tamaño y majestuosidad en el vuelo. Federico no era muy inteligente, pero sí un buen rey gracias a su bondad y a su preocupación por los problemas de sus súbditos.



La vida era bastante agradable para todos los habitantes del reino, pero cada vez que algún ave quería ir a un lugar lejano, surgía un gran problema.

—Mamá —pedían a gritos los niños choroyes antes de acostarse—, ¿vamos mañana a conocer ese bosque del que habló el tío jilguero?

—¡No! —respondía la mamá—. Nos podemos perder. No sabemos el camino.

—Me han hablado de un lugar muy solitario donde casi no hay peligros

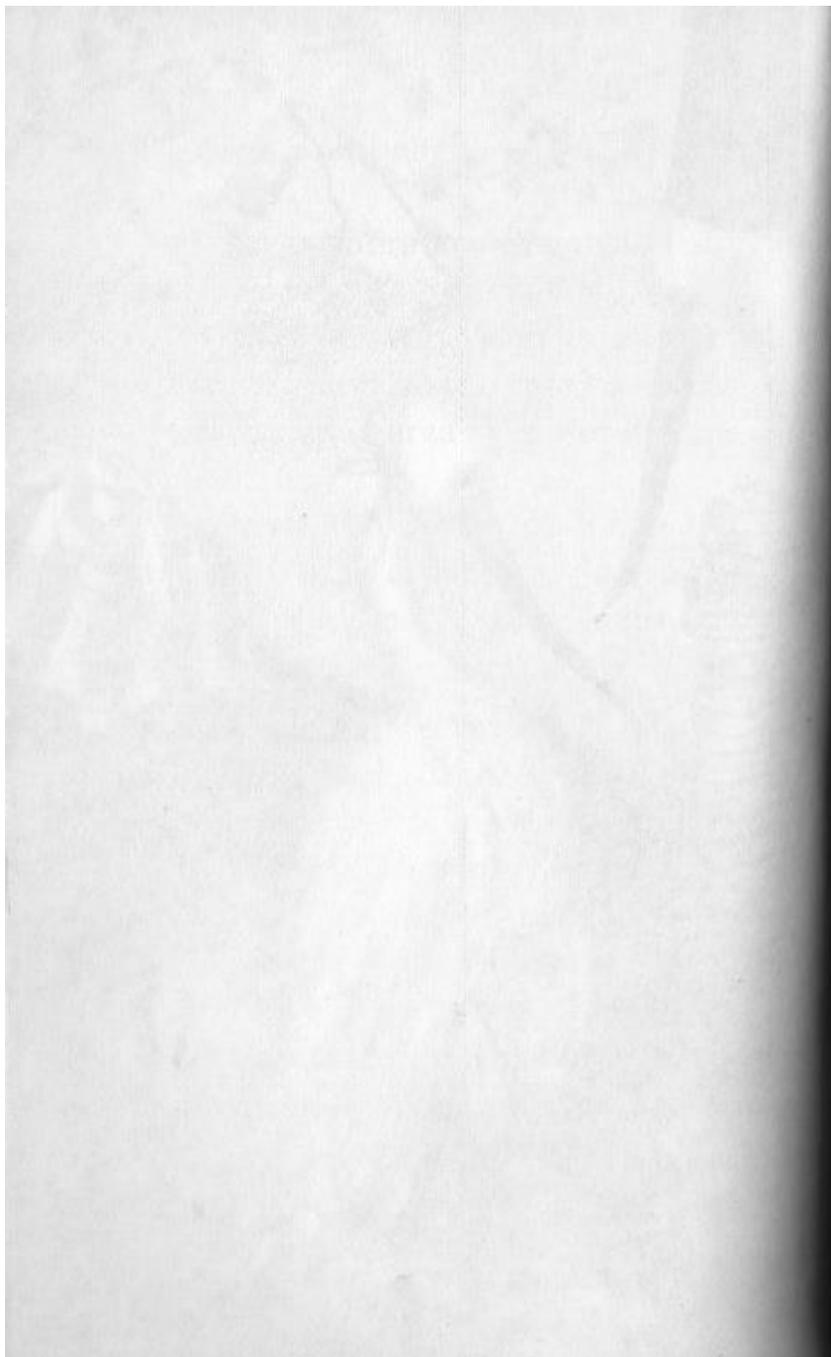
—les decía un queltehue a sus amigos en el café.

—¡Si pudiéramos llegar a él sin perdernos! —exclamaban ellos.

—Hoy conversé con una tagua que estuvo en un río con muchos peces —contaba papá garza al volver del trabajo.

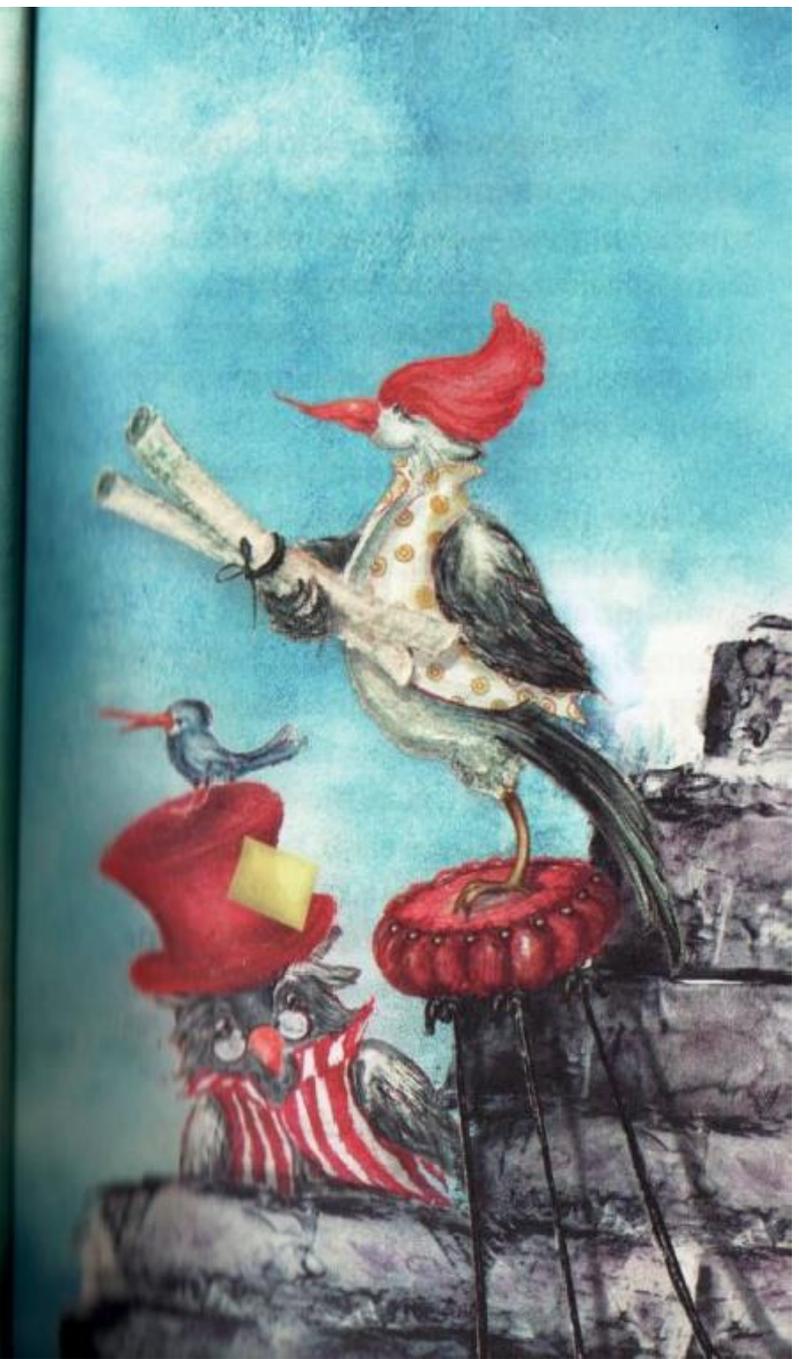
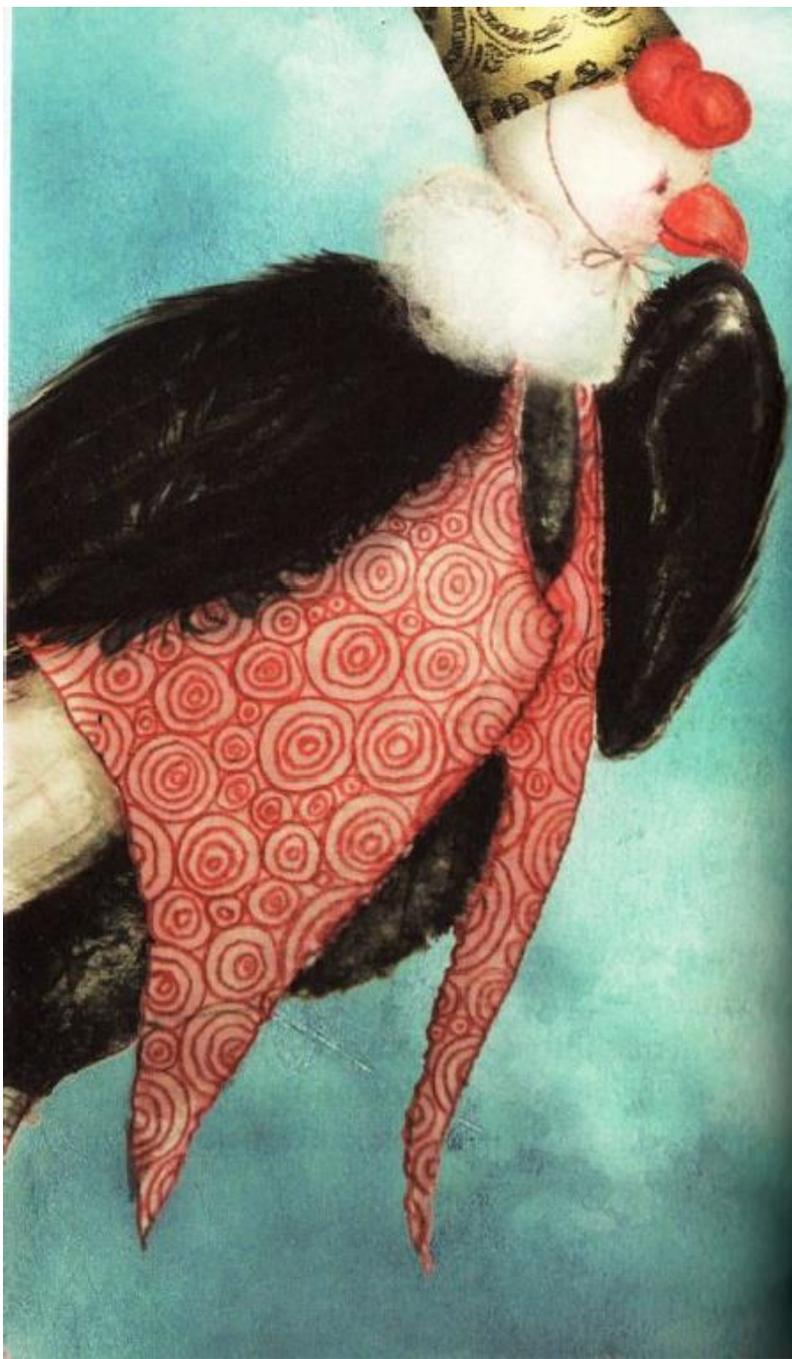
—Sería tan bueno poder ir allá para enseñarles a pescar a los niños —suspiraba mamá garza—, pero nos perderíamos.





Un día, el rey estaba reunido con sus ministros para discutir acerca de un problema que debían enfrentar todos los años en Ciudad Grande: las bandadas de aves migratorias que invadían la ciudad en su paso hacia lugares lejanos.

—He pensado que necesitamos una torre de vigilancia —dijo Federico Cóndor—. Debería llegar más arriba que el más alto de nuestros vuelos, para saber con tiempo cuando se acerquen y desviarlas hacia los campos, donde hay más espacio y comida.



—Para poder construir la torre habría que encontrar un bosque con mucha madera —señaló el ministro de Construcción, Joaquín Carpintero.

—¿Usted podría encargarse de eso, ministro de Abastecimiento? —preguntó el rey.

—Yo podría mandar algunas aves a buscar un bosque, majestad —respondió el ministro con cautela—, ¿pero cómo harían para no perderse?

—Justo de eso quería hablarle, señor —dijo el ministro de Salud—. Los médicos que enviamos a recorrer los lugares apartados hace meses, aún no regresaron. Deben de estar perdidos.

—A mí me pasó lo mismo con los técnicos que fueron a medir el caudal de los ríos, majestad —añadió el ministro de Recursos Naturales.

—¿Todos se pierden cuando salen de viaje? —consultó extrañado el rey.

—Sí, majestad. Ese es un problema que tenemos en el reino: no podemos

alejarnos mucho de nuestras casas porque después no sabemos cómo regresar... Ni siquiera podemos estar seguros de llegar a donde queríamos ir —apuntó el ministro de Interior, disimulando un bostezo porque era una lechuza y, como todas ellas, estaba acostumbrada a velar de noche y dormir de día.

—¿Cómo podemos solucionar eso, señor ministro? —le preguntó el rey.

El ministro de Interior abrió más sus grandes ojos y pensó un instante.

—Tal vez lo más práctico sería hacer un mapa del reino, majestad.

—¡Un mapa! —exclamó Federico Córdor—. Cómo no se me había ocurrido. ¡Qué buena idea, señores!

Y así fue como se tomó la importante decisión de trazar un mapa del reino. Para conseguirlo, Federico llamó a todos sus súbditos a inscribirse como exploradores voluntarios. Para que todos se enteraran del llamado se pegaron por toda la ciudad carteles en los que se

solicitaba exploradores. También partieron muchas aves mensajeras con volantes que dejaban caer en distintas partes. No todas ellas pudieron regresar... y no todos los interesados pudieron llegar a Ciudad Grande para presentarse ante Federico Cándor, pero, de todos modos, se reunió un buen número de voluntarios.

El día de la audiencia, el rey tomó la lista de inscritos y los fue llamando uno a uno.

Comparecieron choroyes, codornices, gorriones, garzas, tiuques, queltehues, entre muchas otras aves. Federico Cándor le daba instrucciones a cada una y ellas salían a realizar su trabajo. Todo iba bien, hasta que llegó al último nombre de la lista: Sebastián, un ganso.

—Tú no puedes ser explorador —le dijo el rey amablemente.

—Es lo que más deseo ser —respondió Sebastián, ansioso—. Es el sueño de mi vida.

—Apenas puedes volar —le explicó Federico Cándor—. Serías muy lento.

—Pero corro muy rápido —insistió Sebastián—. Además, si llevo papel y tinta puedo usar una de mis plumas para anotar lo que veo.

—No —dijo muy serio el rey—. No puedes ser explorador, aunque sí puedes ayudar a José Gallo a vigilar la sala del trono. Te pararás junto a él en la entrada y cuidarás que nadie pase sin permiso. Incluso, puedes ahuyentar con tu fuerte pico a los insistentes.

Y así, el ganso Sebastián, en lugar de ser explorador, fue vigilante de la sala del trono.

Una mañana se presentaron dos exploradores a darle importantes noticias a Federico Cóndor. El rey hizo una señal desde su trono, Sebastián golpeó el suelo firmemente dos veces con su pico y José Gallo anunció con voz potente:

—¡Los exploradores Noel y Noelia Garza!

Se abrieron las puertas y entraron dos hermosas garzas muy blancas y orgullosas que se pararon frente al rey para informarle que habían encontrado un bosque que aún no aparecía en el mapa del reino. Ambas se daban aires de importancia y se volteaban a mirar con desprecio a Sebastián y a José Gallo por ser mucho más toscos y feos que ellas.

—¿Cómo es el bosque, grande o pequeño? —preguntó el rey.

—Bueno... es decir... bien, majestad —dijo Noel Garza—, la verdad es que no lo recorrimos completo, solo nos adentramos un poco en él.

“Mmmhhh, no son muy buenos exploradores”, pensó Sebastián.

—Ya veo —dijo Federico Cóndor—. ¿Pero había árboles grandes en la parte que recorrieron?

—No... sí... no sé —dijo Noelia Garza—. Es que no estuvimos muy adentro... solo en la orilla.

—Y desde la orilla, ¿cómo se veían los árboles, altos o bajos? —preguntó el rey, bastante molesto.

—Hummm... bueno... verá majestad... No nos acercamos mucho al bosque, solo lo vimos desde lejos cuando buscábamos peces en un río —dijeron ambos exploradores.

—¡Pero qué negligentes! —exclamó enojado Federico Cóndor—. Voy a enviar a otras aves, que sean de mi confianza, para que averigüen lo que ustedes deberían haber sabido.

“¡Qué ganas de ir yo!”, pensó Sebastián. “Recorrería todo el bosque anotando lo que pareciera importante y



volvería a dar un buen informe. Pero el rey ya lo dijo: no puedo ser explorador porque apenas puedo volar”.

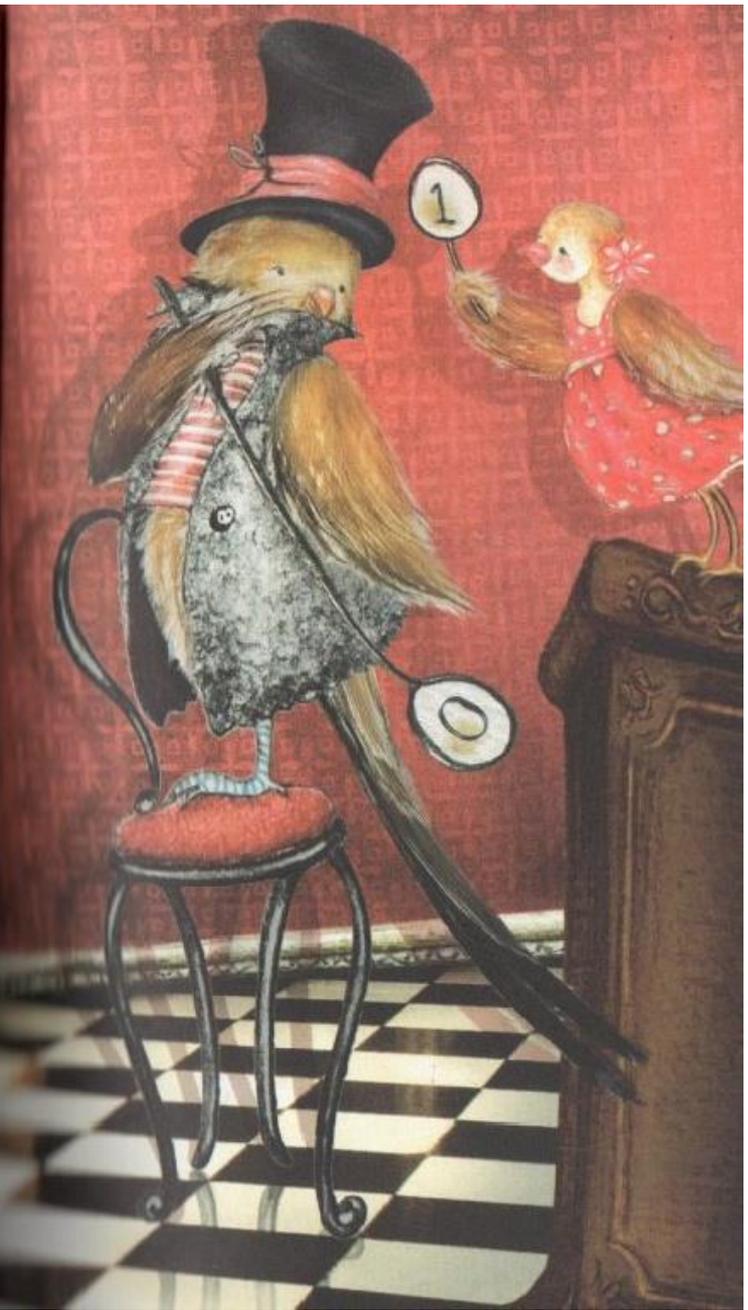
—Hasta yo hubiese hecho mejor el trabajo —dijo José Gallo cuando las garzas pasaron cabizbajas junto a él. Ellas, avergonzadas, salieron sin mirarlo.





Después de pensarlo bastante, el rey decidió que enviaría a Sofanor Picaflor, Marión Gorrión e Ítalo Cernícalo a reconocer el bosque. Ellas eran las aves en las que más confiaba para ese trabajo.

Las tres se presentaron en el palacio muy temprano al día siguiente. Ahí estaba Sebastián, que vio como les entregaban los mapas en los que se mostraba aproximadamente la ubicación del bosque. Después de que el rey los exhortara a hacer un buen trabajo, los exploradores se fueron.



Sofanor Picaflor demoró un poco en tomar el camino porque se entretuvo sacando el néctar de las flores de un hermoso rododendro que había en la entrada del palacio. Marión Gorrión se fue tranquilamente volando de árbol en árbol. Ítalo Cernícalo, de inmediato, se elevó tanto que casi se perdió de vista.

Durante el mismo día las aves regresaron a Ciudad Grande. Primero llegó Ítalo Cernícalo, después Marión Gorrión y, por último, casi al anochecer, Sofanor Picaflor.



sus ministros, se paró frente a ellos en espera de sus preguntas.

—Lo primero que queremos saber es el tamaño del bosque —señaló, antes que nadie, el ministro de Interior, Pedro Lechuza.

—Es pequeño. Se recorre en poco tiempo de lado a lado.

—¿Y cree usted que haya suficiente madera en él como para construir una torre de vigilancia que llegue hasta más arriba que el vuelo más alto? —preguntó el ministro de Construcción, Joaquín Carpintero.

—De ninguna manera —contestó Ítalo—. Los árboles son muy bajos. Con suerte, alcanzaría apenas para la mitad de una torre de esa altura.

—Nos quedamos sin torre —le dijo en voz baja José Gallo a Sebastián—. Lástima. Yo había pensado subirme a ella para saber si sufro de vértigo. Como apenas puedo volar, siempre he tenido esa duda.

Luego fue el turno de Marión Gorrión.

—¿Es muy pequeño el bosque recién encontrado? —le consultó el ministro Lechuza.

—No. Se tarda toda la mañana en cruzarlo completo.

—¿Y alcanzaría la madera para construir una torre de vigilancia más alta que el vuelo más alto? —preguntó nuevamente Joaquín Carpintero.

—Creo que sí. Hay suficientes árboles grandes como para hacer una torre más alta de lo que se puede volar.

“Parece que hubiesen ido a distintos bosques”, pensó enojado Pedro Lechuza. Es que, como siempre, estaba de muy mal humor por tener que estar despierto de día, después de haber pasado toda la noche cazando insectos para la comida. “¡Qué exploradores tan malos!”, rezongó a media voz.

Sebastián le iba a hablar al rey, pero en ese momento entró Sofanor Picaflor, el último de los exploradores.

—¿Qué tamaño tenía el bosque que visitó? —le preguntó el ministro Lechuza a Sofanor en cuanto hubo saludado.

—Es muy grande. Tardé casi un día en cruzarlo sin parar de volar.

—Este bosque sí que crece rápido —dijo José Gallo divertido—. Si hubiese ido un explorador más, diría que cubre todo el reino.

—¿Cree usted que haya madera suficiente en ese bosque como para construir una torre de vigilancia que sea más alta que el vuelo más alto? —reiteró el ministro Carpintero.

—Yo creo que hay madera para hacer no una, sino varias torres más altas que el más alto de los vuelos. Casi todos los árboles son inmensos.

Apenas salió Sofanor Picaflor, el ministro Lechuza dio rienda suelta a todo su enojo.

—¡Majestad! Me parece que estas aves en las que usted tanto confía se

están burlando de nosotros. ¿O son tan malas exploradoras que cada una fue a un bosque distinto siguiendo el mismo mapa?

—No entiendo qué les pasó —dijo avergonzado el rey—. Son aves inteligentes y serias.

—¡Esto no se puede tolerar! —insistió Pedro Lechuza—. Me parece que se merecen un buen castigo. ¡Deberían ir a la cárcel!

Nadie se atrevió a contradecirlo, pero aprovechando el silencio que se produjo, Sebastián pidió permiso para hablar. Federico se lo dio con un gesto afirmativo de la cabeza.

—Yo creo —dijo Sebastián con voz tiritona— que los tres exploradores dieron informes correctos y estuvieron en el mismo bosque.

—¿Ah sí? —dijo el ministro Lechuza mirándolo fijamente con sus grandes e inteligentes ojos—. ¿Es por eso que Ítalo dijo que el bosque era pequeño y



Sofanor que era muy grande? Además, uno afirmó que la madera alcanzaría para construir solo media torre de vigilancia; otro, que alcanzaría para una torre entera, y el último, que se podrían construir varias torres con la misma madera. Entonces, yo me pregunto: ¿cómo todos pueden estar en lo correcto si se están contradiciendo?

Pedro Lechuza tenía fijos sus grandes ojos sobre Sebastián, tanto que todos los demás se volvieron para mirar al ganso.

“Creo que metió la pata... hasta el fondo”, pensó José Gallo.

—Es que los exploradores —dijo Sebastián con voz más segura— volaban a alturas y velocidades muy distintas. A Ítalo Cernícalo le pareció pequeño el bosque porque voló sobre él a gran altura y en muy poco tiempo. En cambio, Marión Gorrión tardó más en recorrerlo porque fue volando de árbol en árbol y así le pareció más

grande. Y entonces, sí, la misma madera que alcanza para construir una torre de la mitad de la altura a la que vuela un cernícalo, alcanza para construir varias torres más altas que el vuelo de un picaflores... o una sola torre de la altura a la que vuela un gorrión.

Todos estaban asombrados. ¡Qué ganso tan inteligente!

—¡Eres brillante! —le susurró José Gallo.

Federico Cóndor estaba muy contento.

—Señores ministros —dijo de inmediato con mucha solemnidad—, propongo que se nombre Explorador Principal del Reino al ganso Sebastián. Creo que es el ave más indicada para ese cargo.

Los ministros estuvieron inmediatamente de acuerdo. Todos felicitaron al joven ganso, quien estaba muy feliz al ver cumplido su sueño de ser explorador.



Así, Sebastián recorrió todo el país descubriendo muchos lugares desconocidos. Y aunque se demoraba un poco más que las otras aves, ya que iba caminando de un lado a otro, siempre dio informes muy detallados y completos a Federico Cóndor. Y ningún ministro, ni siquiera Pedro Lechuza con su sueño acumulado y su mal humor, dudó alguna vez de sus palabras.

Por eso, si alguna vez visitas el Reino de las Aves, podrás ver una gran estatua de Sebastián en la plaza principal de Ciudad Grande. Casi todas las aves llevan a sus hijos a admirarla y les cuentan de todos los ríos, bosques y quebradas que descubrió Sebastián—un ganso torpe que apenas podía volar—, hace mucho tiempo, cuando aún no existía un mapa del reino.



AÑOS DESPUÉS...

Federico Cándor renunció a su cargo poco después de darse por terminado el mapa del reino. Ese fue el principal logro de su gobierno. La torre de vigilancia finalmente no se construyó, ya que Pedro Lechuza ideó un mejor plan basado en un sistema de centinelas y postas. Cuando Federico Cándor dejó de ser rey, se fue a vivir a una de las montañas más altas del reino junto a su esposa, hijos y nietos. Hasta muy viejo, aunque ya le fallaba bastante la vista, siguió yendo de vez en cuando a Ciudad Grande a ver a sus antiguos amigos. Ahí siempre era saludado con mucho afecto y respeto por las aves que lo reconocían.



El ministro de Interior, Pedro Lechuza, permaneció en su cargo hasta jubilar. Aunque hizo bien su trabajo y aportó muy buenas ideas, como el sistema de vigilancia basado en centinelas y postas, no conquistó el cariño de las aves del reino debido a su mal humor y, principalmente, a su costumbre de desahogar su enojo hablando mal de otros. Cuando dejó de trabajar, su esposa se alegró mucho, ya que Pedro tuvo el tiempo necesario para descansar de la intensa labor realizada como cazador.



Cuando se decidió no construir la torre de vigilancia, Joaquín Carpintero sintió una decepción tan grande que renunció al Ministerio de Construcción. Esa torre era para él un desafío personal, y su trabajo perdió sentido sin ella. Ya fuera del servicio público, formó una empresa de construcción que tuvo mucho éxito. Es famoso por haber introducido los edificios de departamentos en Ciudad Grande, ya que hasta ese momento no había edificaciones de más de tres pisos de alto. Le gustaba mucho ver el resultado de su trabajo, pero lo que lo hacía más feliz era supervisar en la obra el avance de las construcciones.



José Gallo, el vigilante de la sala del trono, siguió en su puesto hasta jubilar. Aunque trabajó solo unos meses junto al ganso Sebastián, lo echó mucho de menos cuando se fue. Finalmente, se habituó a estar solo de nuevo, pero como en el trabajo no tenía quién escuchara sus chistes, empezó a contárselos a su esposa e hijos al volver a casa. A ellos no les hacían mucha gracia, pero se reían para no enfadarlo.



Noel y Noelia Garza no sufrieron mucho por tener que dejar el trabajo de exploradores después del vergonzoso informe que le entregaron al rey. Para ellos lo importante era ser bellos, nada más. Por eso, recién conocieron la frustración cuando entraron en la vejez y su plumaje empezó a opacarse cada vez más.



Para Sofanor Picaflor la experiencia de reconocer el bosque solo fue una anécdota más en su vida, la que relataba a sus nietos cada vez que se lo pedían. En el único aspecto en que esa aventura lo marcó fue en su afición al néctar de las flores de rododendro, que buscaba por todas partes.



Para Marión Gorrión fue todo un hallazgo haber trabajado como exploradora. Hasta entonces estaba convencida de que lo suyo era estar en casa a cargo de la familia, pero ese día descubrió que no era así. A su esposo le costó mucho hacerse la idea, pero tuvo que aceptar que Marión cambiara completamente su estilo de vida y comenzara a trabajar fuera de casa. Empezó por vender barniz para proteger la madera, y poco tiempo después era la dueña y directora de una fábrica de productos químicos para mejorar este material en diversos aspectos, como hacerlo incombustible, resistente a las termitas o más duro.



Después de ir a reconocer el bosque, Ítalo Cernícalo quedó impactado al tomar conciencia de que era más rápido que muchas otras aves para volar. Esto despertó su espíritu competitivo a tal nivel que desde entonces vivió para establecer nuevas marcas: el cernícalo más veloz, el que voló más alto por más tiempo o el que hizo vuelos en picada más largos. Así se convirtió en una leyenda para todos los habitantes del reino e inscribió varias marcas en el Libro de Grandes Hazañas de las Aves.



El ganso Sebastián siguió siendo un ave tímida y de corazón humilde a pesar de los éxitos que logró como explorador. Cuando estuvo terminado el mapa del reino, dejó su trabajo como explorador y montó una empresa de transportes de encomiendas con servicio en todo el reino. Tuvo dos hijos, y secretamente esperaba que ellos siguieran sus pasos, pero no fue así. Marco, el mayor, fue un malabarista callejero de gran éxito. Cada vez que montaba su espectáculo en alguna plaza o parque se juntaban muchas aves a verlo y todas quedaban admiradas por su destreza. Amelia, por su parte, fue una famosa escritora, y su principal fuente de inspiración eran las aventuras que Sebastián le contaba cuando ella era pequeña.